

“La obra que Dios quiere es ésta: que creáis en el que él ha enviado.” (Juan 6, 22-29)

Acababa de realizar aquel signo tan espectacular de dar de comer a miles de personas a partir de unos pocos panes y peces. El Evangelio nos dice que la gente le buscaba y pretendían seguir contandole con él para dar respuesta a todas sus necesidades. *“...me buscáis no porque habéis visto signos, sino porque comisteis pan hasta saciaros.”*

Jesús no teme perder la popularidad confrontando a sus seguidores circunstanciales. Cuando éstos le preguntan qué deben hacer *“para trabajar en lo que Dios quiere”* no duda en decirles: *“La obra que Dios quiere es ésta: que creáis en el que él ha enviado.”*

Desde una reflexión primera me quedo un tanto asombrado ante la respuesta. Me sonaría mejor si les hubiera recordado el mandamiento del amor al prójimo y el compromiso con los necesitados. Pero esto de poner el acento en la fe, en el creer, aparece como teórico o al menos poco aterrizado.

Sin embargo estamos ante las fuentes del amor fraterno y del compromiso con el otro, especialmente con los menos favorecidos. Recordemos que en otro pasaje del Nuevo Testamento se nos recordará que *“la fe sin obras es fe muerta.”* Pero en el principio está la fe. Una fe que ciertamente es un don de Dios y que también es una conquista.

En Hebreos 11:1, la fe se define como *“la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve”*. Creer implica certezas y convicciones. Certezas y convicciones que se nutren de la Palabra y que a su vez demandan un compromiso crítico y reflexivo. Estamos ante la llamada que tan bien rescató Pablo VI y que ha sido retomada por sus sucesores, centrada en que quienes creemos debemos ser capaces de dar razón de nuestra fe. Hoy, más que nunca...

Puede resultarnos una tarea ardua, muy ardua. Ante una cultura light, reacia al compromiso ideológico, la tendencia generalizada genera una inercia hacia la indefinición. Si preguntamos a un cristiano en qué cree quizá nos asombraremos ante las dudas e inquietudes que les suscita la pregunta y si comenzamos a cuestionarle sus respuestas quizá sintamos vergüenza ajena ante la falta de contundencia, de asertividad en los contenidos de su fe.

Las obras serán una consecuencia lógica de las certezas y convicciones que mueven a las personas. Pastoralmente podemos motivar procesos interactivos donde el punto de partida puedan ser las vivencias, las experiencias, las obras de la fe. Lo que no podemos dar por obvio es el fundamento de ese actuar. Debemos pedirlo como don del Espíritu y trabajarlo como una conquista del conocimiento. Seguramente la debilidad en la vivencia de la identidad cristiana tenga mucho que ver con certezas y convicciones también débiles.

Danilo Luis Farneda Calgaro

pastoral Atención Espiritual y Religiosa- COORDINACIÓN PROVINCIAL

